

CULTURA DE GANADORES Y PERDEDORES

WINNER LOSER CULTURE

MG. Marta Lucía Betancur R

Comunicadora Social

Docente Investigadora Justicia Restaurativa.

Mazzucato aseguraba que la sociedad moderna era profundamente *criminógena* dado que sus valores son exclusivos, no inclusivos, porque están fundados en el individualismo posesivo, en la competencia, en el éxito, el dinero, el ascenso y en el poder que cree necesitar de las apariencias, las verdades únicas, el prestigio, las conquistas, las máscaras y la insolidaridad. Por lo tanto, una cultura edificada con estos valores, sin remedio es una cultura de la guerra, con ganadores y perdedores.

Y en Colombia, como nos gusta más la tragedia y el dolor, que el amor, un paisaje y la risa... nos gastamos la vida y el dinero en desarrollar la carrera del poder, desconociendo al otro. Y para eso, utilizamos la guerra de la violencia relacional y la guerra de las armas. Y como *criminógenos*, gozamos de una sin igual mente punitiva: incapaz, dice Paul Ricoeur, de comprender que el ser humano (el otro y yo) es falible por naturaleza y por ello, en muchas ocasiones de su vida falla, se equivoca. Así el *ojo por ojo y el diente por diente*, se ha convertido en la marca colombiana del decir, sentir y hacer. Por esa razón, hoy somos miembros de la sociedad de la judicialización.

Y de esta manera, ya sin fe en la virtud de los hombres, mientras los días se suceden, vuelve y aparece en escena la misma historia: un sin fin de guerras, conflictos y violencias encadenadas que reclaman siempre una razón para la imposición, la venganza y una decisión sin reversa para continuar la espiral del negocio productivo del guerrear y no escuchar, ni conversar, ni perdonar, ni resarcir, ni cumplir con los acuerdos pactados, ni con la lealtad. Por eso, hoy somos miembros de la sociedad de la traición, la delación y la retaliación.

Y como egoístas poderosos o perdedores, permanecemos blindados a transformaciones que de alguna manera socaven nuestros intereses, religiosos, ideológicos, económicos y sociales. Convertidos en islas de nuestros deseos, o en autómatas de la producción, no admitimos visiones nuevas, caminos de incertidumbre, cambios de paradigmas, miradas con otros lentes... Nos da físico miedo ceder para que muchos ganen. Gritar para que todos oigan. En fin que, nos da miedo la democracia, donde todos ganan o todos prefieren perder, porque al fin todos lo decidieron. Por eso hoy somos miembros de la sociedad de la inmovilidad.

De esta manera, pertenecemos a un país, que aún cree que los malos son los otros y que los buenos son los míos y yo; y que por tanto, con esos otros no se puede dialogar, sino que hay perseguirlos hasta vencerlos, cueste lo que nos cueste. Nos rige el mito de la estupidez, que piensa que, la hermosa ceremonia de la palabra para el encuentro y el intercambio con nuestro contrario, no se puede entronizar en ese santo altar que hemos erigido. Altar donde por supuesto, no caben los

críticos, los que por pensar se separan del unanismo; ni los que han errado o agredido; o los que para los *buenos* tienen perversa ideología; ni los que luchan por una causa (equivocados o no), o emprenden caminos perdidos para la justicia; ni menos, los que investigan y saben muchas cosas... Por eso hoy podríamos decir que somos miembros de la sociedad que ignora la democracia.

Al mirar el desolador panorama de una sociedad como la nuestra de vencedores y perdedores, no queda más que preguntarnos primero ¿por qué paradójicamente esto ocurre en un país, que por cultura deja sangre y sudores, vidas y fama por ganar?. Y luego ¿si su mayor empeño es conquistar dinero, honores, calidad y ascenso, por qué ha pasado en su loca carrera sin detenerse frente a la empresa más innovadora y gigante, de ganadores totales, como lo es la JUSTICIA RESTAURATIVA? Una señora empresa a favor de la verdad, la justicia y la restauración. Un negocio que rinde frutos en las relaciones y perdura en el tiempo. Una idea que cambia mentalidades y cultura, instituciones y sociedades. Un concepto superjusto con la víctima y justo con el victimario. Una visión sanadora que cura la memoria nacional herida de muerte y la pone a caminar por la utopía de la reconstrucción de un lugar común amable para todos, donde todos ponen.

Una empresa sostenible, que invierte en lámparas para buscar la verdad y que buscándola, se convierte en filosofía socrática. Aquella que dice *Habla víctima para que yo te conozca*, habla, puesto que el lenguaje es la única arma para entendernos tal como lo asegura Hans Gadamer . Hablar con el otro es también el arma más barata, lo saben investigadores que se han dedicado a calcular lo que se hubiera podido

hacer en términos de desarrollo con el dinero dedicado de la carrera armamentista: sus cifras son escandalosas puesto que con lo que cuesta medio submarino nuclear se alimentarían los niños hambrientos del mundo por muchos años. O se vacunarían por 20 años.

Es así como el diálogo con sus filtros de verdad, bondad y utilidad, para la Justicia Restaurativa se convierte en la estrategia comunicativa que fundamenta esa gran estructura empresarial, nacida para apoyar a la víctima, antes relegada, y hacer del victimario un actor responsable como sujeto lleno de posibilidades para el bien común.

Así como en la Hermenéutica su máxima es *el otro puede tener la razón*, en la ceremonia del *Encuentro Restaurativo* iluminado por la Hermenéutica, la máxima es *una verdad sincera lleva la fuerza del perdón y la esperanza de una justicia reparadora*. Entonces como un proceso sanador, las comunidades, víctimas y victimarios asumen no solo la verdad, el perdón, el acuerdo y la reinserción restaurativas, sino la responsabilidad de dirigir un futuro justo para todos. Son sujetos / actores que terminan promoviendo la Justicia Restaurativa como una cultura dialogante y participativa que previene los riesgos de los delitos y la curación y rehabilitación de los sujetos, porque saben de antemano que las multicausalidades de los hechos violentos, tienen asiento en una sociedad *criminógena* que no entiende que la justicia va más allá de castigar para situarse en la esfera de una vida con posibilidades para todos.